

Conflicto político (OCW) - Tema 4

El momento: La estructura de oportunidad política

Igor Ahedo Gurrutxaga

Departamento de Ciencia Política y de la Administración

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD POLÍTICA

La estructura de oportunidad política estable

Estructura de oportunidad cambiante

EOP cambiante... pero un tanto estable: ¿un nuevo ciclo de protesta global?

Incremento de acceso

Alineamientos inestables

Aliados influyentes

División en las elites

Capacidad de implementación de políticas públicas

La difusión de oportunidades

Aparición de contramovimientos

Creación de oportunidades para las élites

Difusión de oportunidades para el movimiento

Introducción

Siguiendo a TARROW (1999:89) definimos la oportunidad política como las “*señales continuas - aunque no necesariamente permanentes, formales o a nivel nacional- percibidas por los agentes sociales o políticos, que les animan o desaniman a utilizar los recursos con los que cuentan para crear movimientos sociales*”. En otras palabras, la estructura de oportunidad política son las “*dimensiones congruentes –aunque no necesariamente formales o permanentes- del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso*” (Tarrow, 1997: 155). De acuerdo con Gamson y Meyer (1999: 399), sería preferible el concepto de estructura de oportunidad frente al de “ventana de oportunidad”, habitualmente utilizado. Desde su perspectiva, es una metáfora muy cómoda, pero “*puede acabar siendo limitadora*”: las ventanas pueden estar abiertas o cerradas, semicultas, no se trasladan de un lado a otro. Se trata, apuntan, de una metáfora más adecuada para los análisis institucionales. Por el contrario, el concepto de oportunidad política es mucho más dinámico, mostrando que las oportunidades “*pueden aparecer repentinamente en un lugar en el que ningún arquitecto hubiera podido imaginar su existencia*”

Según el planteamiento de Tarrow, los movimientos sociales surgen como respuesta a estas oportunidades, de forma que el análisis del “cuando” puede explicar finalmente el “por qué” del movimiento (Tarrow, 1997). No obstante, como veremos, la acción de los movimientos nunca cae en saco roto, de forma que los grupos madrugadores pueden ampliar las oportunidades hacia otros grupos, rompiendo esta primera cadena causal excesivamente rígida que vincula el “cuando” con el “por qué”.

A su juicio, puede plantearse una tipología de análisis de la estructura de oportunidad resultante del cruce de varias dimensiones:

- Por una parte, dependiendo de si la abordamos en base a los rasgos inmediatos o no del entorno político, podremos diferenciar entre un análisis de la estructura de oportunidad concreta y otro análisis centrado en la estructura de oportunidad estatal;
- Por otra parte, podemos atender a las variaciones trans-saccionales en la oportunidad política, o intentar averiguar cómo afectan a los movimientos sociales los cambios en el conflicto político y en las alineaciones de grupos.

De esta forma, se obtienen cuatro modelos de estudio de las oportunidades: (a) las que surgen de las situaciones político/administrativas estudian el modo en que el entorno institucional canaliza la acción colectiva; (b) las oportunidades de grupos específicos se explican a partir de sus cambios en el entramado social, o de las modificaciones derivadas de los cambios institucionales y políticos concretos; (c) el estatismo trans-saccional entiende el Estado como el marco de la acción colectiva; (d) finalmente, el estatismo dinámico permite centrarse en las transformaciones que se producen en el Estado mismo, a efectos de discernir en qué medida estos cambios crean -o reducen- las oportunidades políticas (Tarrow, 1999: 76).

Este cuarto enfoque es el más audaz, a juicio del autor, ya que permite entender la forma en que las transformaciones del sistema político de un Estado determinado pueden afectar a la acción colectiva, explicando las causas que posibilitan el surgimiento de un movimiento social, su forma, su repertorio de acción, y la interpretación de la realidad sobre la que se sustenta su identidad. Sobre la base de este marco interpretativo, podemos establecer tres dimensiones para analizar la estructura de oportunidad política (EOP). Estas dimensiones responden al marco espacial de acción sobre la que inciden los actores que estamos analizando, y al carácter más coyuntural o estructural de dichos cambios: la estructura Estatal, las modificaciones en el ámbito local, y las consecuencias de la dinámica de cada actor sobre el conjunto del movimiento. Precisamente, esta última dimensión aporta un valor bidireccional al modelo, de forma que se reconoce el que los actores, con sus acciones, también pueden ampliar e incluso abrir la estructura de oportunidad.

- Existen, en primer lugar, una serie de elementos estables en la estructura de oportunidad política que condicionan la formación y estrategia de los movimientos. Como hemos visto, las formas de acción colectiva vienen determinadas por la configuración interna del Estado, delimitado en base a su fortaleza o debilidad, y en su apertura o cierre a las demandas de la sociedad. De la misma forma, la comunidad

política -centrada en el sistema de partidos y en el modelo administrativo- influye claramente en el surgimiento y las características de los movimientos sociales. Finalmente, la forma que asume el control de la protesta es una variable que tiene un efecto directo sobre la actuación de los movimientos.

En cualquier caso, como señala Tarrow (1999), el estatalismo dinámico permite analizar también variaciones temporales -coyunturales-, de la misma forma que obliga a contextualizar el análisis de los movimientos sociales en un entorno cada vez más influido por la variable transnacional. En este sentido, en todo estudio del cambio y el conflicto político resulta interesante analizar el papel que desempeñan sucesos que trascienden las fronteras propias de la acción colectiva a la hora de fijar las alineaciones internas de los diferentes actores (McAdam, 1999); cuestión ésta claramente explicitada en la primavera árabe. De hecho, como veremos, los efectos de la globalización están permitiendo la emergencia de una estructura de oportunidad global, cuyos efectos deben ser analizados también a escala estatal e incluso a escala local, con sus coincidencias, solapamientos o contradicciones.

- Sin embargo, el marco determinante para la acción colectiva no solo va a ser el estructural -nacional-, sino también aquél en el que se concretan las oportunidades cambiantes -temporal-, identificado a partir de las conceptualizaciones realizadas por Tarrow (1997) y Rutch (1999): posibilidades de acceso político, capacidad de implementación de las políticas, presencia de aliados influyentes y alineamientos inestables, y división en el seno de las elites.
- Descendiendo un nivel más, nos acercaremos a las oportunidades creadas y difundidas por los movimientos, en sí y para sí, analizando la expansión de las oportunidades que se producen en los ciclos de movilización. En paralelo, es posible que estas oportunidades se expandan también hacia los oponentes, creando las condiciones para el surgimiento de contra-movimientos. De la misma forma, la acción de los movimientos puede crear oportunidades para las elites, reforzando o debilitando los alineamientos sus aliados.

Cada una de estas dimensiones (oportunidades estables, cambiantes y creadas) interactúa con las otras en el mismo marco temporal, de forma que, por ejemplo, la expansión de oportunidades (tanto para el movimiento como para las elites o los oponentes) incide directamente en los alineamientos de las elites, en la correlación de fuerzas o en las oportunidades de acceso, y viceversa. En este sentido, la descripción que abordaremos a continuación de cada una de estas “ventanas de oportunidad” no debe ser interpretada en clave jerárquica o gradual, sino desde una perspectiva de interrelación absoluta entre lo estable, lo cambiante y lo creado, a nivel local, estatal y global.

1. LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD POLÍTICA ESTABLE

Como es evidente, el estudio de la estructura de oportunidad política estatalista remite directamente a la relación entre acción colectiva y el marco estructural en el que se inserta. Ciertamente, más allá de los efectos de la acción deliberada de los movimientos sociales, e incluso de las relaciones de poder en el seno de un determinado sistema político, a la hora de comprender el desarrollo de los procesos de cambio y conflicto políticos, hemos de analizar una serie de elementos, de carácter más estable, que influyen en visualización de oportunidades políticas por parte de los actores: concretamente se trata de analizar la estructura institucional formal, la configuración del poder, y los procedimientos informales y las estrategias para con los desafiantes por parte de las autoridades (Kriesi, 1991).

Efectivamente, como ya hemos apuntado, la estructura estatal va a afectar a los movimientos sociales a) en función de su mayor o menor apertura a las demandas, y b) a partir de su mayor o menor fortaleza. La primera de estas diferenciaciones, dimensión de entrada *-input-* afecta a las posibilidades de *acceso* por parte de los grupos opositores a las instituciones del Estado. Siguiendo a Kriesi (1991: 120 y sig.) este grado de acceso se ve condicionado por varios elementos: el nivel de centralización territorial, el grado de concentración (funcional) del poder estatal, la coherencia de la administración pública, y el nivel de institucionalización de los procedimientos democráticos directos.

Estas cuatro dimensiones, además de permitir una caracterización de los Estados a partir de grado de apertura formal, también posibilitan comprender su fortaleza en el lado del "output". De esta forma, cuanto mayor sea su centralización, concentración, coherencia y los problemas a la participación de la ciudadanía, más autónomos serán respecto de su entorno, y mayor capacidad tendrán para actuar e implementar sus políticas. Así, mientras que un Estado débil es el marco más adecuado para la movilización de los movimientos sociales, por el contrario, Estados fuertes como Francia reducen a la mínima expresión las posibilidades de éxito de la acción contenciosa.

A este respecto, las distinciones apuntadas por Kriesi a partir de los planteamientos de Gamson (1990) y Kitschelt (1986), que diferencian entre éxitos procedimentales -que permiten establecer nuevos procedimientos de participación- y sustantivos -tanto proactivos (introducción de nuevas ventajas) como reactivos (prevención de nuevas desventajas)- tienen poco sentido en casos de estados fuertes, sean democráticos o no, ya que no solo impiden formalmente el acceso, sino también la posibilidad de veto o la concesión de ventajas a los movimientos sociales en general.

En consecuencia, como hemos visto de la mano de Sharp, uno de las tareas de los movimientos sociales que traten de afectar a las estructuras, será tratar de debilitar la capacidad de estos regímenes, para lo cual, tanto en el caso de los democráticos como los no democráticos, se debe seleccionar repertorios ajustados, elaborar discursos descertificadores

y articular potentes estructuras organizativas que vertebran una sociedad civil, en ambos casos, fuertemente colonizada por el sistema político.

Junto a esta dimensión institucional, el análisis de la estructura de oportunidad política estable también debe tener en cuenta los procedimientos informales y estrategias dominantes frente a los movimientos del sistema político. De esta forma, el procedimiento que caracteriza la relación entre las autoridades y los colectivos contenciosos puede ser identificado en base a su posición en un eje que va desde las estrategias más excluyentes hasta las más integradoras. Así, resulta interesante analizar cómo algunos estados democráticos de alta capacidad, como Francia, por seguir con un ejemplo ya citado, se configuran como Estados de “plena exclusión” (Kriesi, 1991, 1999), lo que condiciona de forma determinante las formas de la movilización contenciosa: el volumen de la movilización, la estrategia y repertorios de acción, y su estructura interna y externa (Kriesi, 1999).

En este sentido, parece evidente que aquellos Estados que combinan una estrategia inclusiva con una caracterización débil facilitan la actividad, y por tanto el volumen de movilización de los movimientos sociales. Por contra, Estados fuertes y excluyentes como el Francés -o como veremos en el proyecto de investigación, incluso administraciones locales “fuertes y excluyentes”, como la del municipio de Bilbao- dificultan la acción colectiva en primera instancia, y pueden someter a los desafiadores a altos niveles de represión. Sin embargo, la represión también es posible que favorezca la acción colectiva, al reforzar la identidad de los movimientos, visualizar el *nosotros* y el *ellos*, polarizar a la sociedad, generar solidaridades, provocar altos costes al Estado, etc... En este sentido, tal y como apunta Della Porta (1999) parecería que mientras una conducta represiva tolerante favorece la protesta, por el contrario, un modelo de represión duro, aunque desincentiva la acción colectiva de masas, radicaliza los movimientos.

Sin embargo, continuando con el ejemplo anterior, a pesar de que el Estado francés ha podido recurrir a la represión para laminar la acción de los movimientos sociales -como en el caso de *Greenpeace* (Kriesi, 1999)- su propia fortaleza, su cierre absoluto a las demandas, la escasa actividad de los *lobby*-es, o la ineficacia del recurso a los tribunales, hace tan innecesaria la creación de contra-movimientos -que apenas existen- (Rutch, 1999) como las formas masivas de represión. En este sentido, el carácter tan esporádico como selectivo del control social de la protesta en Francia debe ser contextualizado en el caso de un Estado fuerte y excluyente, que a pesar de asumir aparentemente las características del modelo tolerante definido por Della Porta, no tiene por qué favorecer la acción contenciosa.

De la misma forma, el carácter comparativamente más radical de los movimientos sociales en Francia no debe vincularse tanto con las formas de represión, como con la inexistencia de mecanismos de participación convencionales con posibilidades de éxito. Como señala Kriesi (1991: 129) “*el contexto francés de plena exclusión incita a estrategias destructivas por parte de los desafiadores (...). La fuerza del Estado francés es a la vez la causa de su mayor debilidad: incapaz de permitir a los desafiadores articular sus preocupaciones a través de canales de acceso formales o informales, se ve periódicamente enfrentado a explosiones de*

descontento de gran envergadura". En este sentido, los repertorios de acción de los movimientos sociales en el Estado francés muestran una cierta tendencia al paso de la convención a la disrupción, y de ésta a la violencia (Tarrow, 1997).

La tercera de las dimensiones de análisis señalada por Kriesi (1991) -contemplada por la mayor parte de los autores (Tarrow, 1997; Rutch, 1999,...)- se refiere a las características del sistema político, y más concretamente del sistema de partidos. En cualquiera de los casos, debemos diferenciar dos elementos: aquellos de carácter más estable, referidos al sistema electoral, de una parte; y los más coyunturales, que afectan a las relaciones de poder entre las diversas formaciones, de otra. Finalmente, y de forma intermedia, deben tenerse en cuenta las orientaciones estratégicas de las diferentes formaciones políticas con respecto a las demandas concretas de cada movimiento.

El primero de estos elementos -sistema electoral- influye directamente sobre las posibilidades de éxito de los actores colectivos contenciosos, ya que determina sus posibilidades de acceso e incidencia sobre la agenda política. En este sentido, la existencia de umbrales electorales mínimos permite mantener al margen del sistema institucional a actores contenciosos de menor envergadura. De forma paralela, los modelos mayoritarios redundan en esta exclusión, a pesar de que sistemas como el Francés, basados en una elección a dos vueltas, pueden facilitar las posibilidades de incidencia indirecta de estos grupos.

El segundo de los elementos -relaciones de poder- hace referencia a las posibilidades de acción que se abren o cierran para los movimientos sociales en base a su interacción con las formaciones políticas -fundamentalmente de izquierdas- teniendo en cuenta su situación hegemónica o no en el sistema político. Como apunta Kriesi (1991), si los partidos socialdemócratas se encuentran en la oposición, es lógico que se den mayores posibilidades de acción concertada, ya que con el reforzamiento del desafío de los movimientos sociales se debilita a los opositores potenciales en los próximos comicios. Sin embargo, la estrategia de estas formaciones de izquierda una vez accedan al poder puede no presentar la misma linealidad. Lo que está claro es que las condiciones para la movilización contenciosa decrecen.

Finalmente, las orientaciones estratégicas de los partidos políticos constituyen otro de los elementos "estables" de la estructura de oportunidad política para los movimientos sociales. En un Estado como el Francés, en el que la identidad nacional presenta una importancia tan determinante, las posibilidades de acción de los movimientos sociales no solo van a venir condicionadas por su posición en el eje definido por el *cleavage* capital-trabajo, sino también por la que se establecen en base a su ubicación en la divisoria centro-periferia o religión-laicismo.

2. ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD CAMBIANTE

A juicio de Tarrow (1997: 156) el concepto de estructura de oportunidad política ayuda a comprender “*por qué los movimientos adquieren en ocasiones una sorprendente, aunque transitoria, capacidad de presión contra las élites y las autoridades, y luego la pierden rápidamente a pesar de todos sus esfuerzos*”. Más allá de la perspectiva pesimista que se vislumbra en toda la obra de Tarrow sobre el carácter esporádico de la acción colectiva, creemos que una sociedad globalizada, los ciclos de protesta adquieren una lógica transnacional cuya expresión más acabada ha sido el tránsito de movimientos nacionales a movimientos altermundialistas, para desde allí, acabar transitando a una lógica que combina la movilización local, pero coordinada a escala planetaria, y cuya expresión más acabada ha sido la jornada de protesta mundial del 15 de octubre de 2011, que tendrá continuidad el 12 de mayo de 2012.

EOP cambiante... pero un tanto estable: ¿un nuevo ciclo de protesta glocal?

McAdam (1999) ya advierte en una de las más importantes obras que analizan la interacción entre las variables que estamos estudiando sobre el sesgo estatista de la mayor parte de los estudios empíricos, de forma que en la mayor parte de los casos, se realizan estudios que solo suelen tener en cuenta las dimensiones internas de la estructura de oportunidad política. Considera, en consecuencia, que se ha “*infravalorado el impacto de los procesos globales, políticos y económicos, sobre la estructuración de las posibilidades internas para la acción colectiva*” (1999: 62-63). En paralelo, en la misma obra, Tarrow (1999) advierte que ya desde sus primeras manifestaciones en el siglo XVIII “*los movimientos sociales organizados se han difundido más allá de las fronteras nacionales*” gracias al papel de la prensa, las migraciones o los circuitos transatlánticos de intercambio de mercancías o acumulación de capital. Apunta, ya hace más de una década, que “*podemos apreciar, no sólo una rápida difusión del modelo de acción colectiva entre países, sino, así mismo, un importante grado de colaboración internacional en campañas de acción colectiva*” (1999: 87). A su vez, subraya, en la línea antes apuntada por McAdam, que la evolución política internacional ha mostrado tener mucha influencia sobre las oportunidades internas de los movimientos sociales. Como veremos más adelante, tratando de profundizar en esta cuestión, ambos autores desvelarán la importancia de un mecanismo de la contienda, en el que nos detendremos, como la *correduría*; mecanismo que posibilita la conexión entre enclaves contenciosos antes separados, incrementando la potencia de la contienda. Como no podía ser de otra forma, en un mundo globalizado, la *correduría* adquiere una importancia determinante, siendo internet su máxima expresión.

En consecuencia, apostando por superar una visión excesivamente estatocéntrica, concluye

Hubo un tiempo en el que el Estado nacional podría ser el marco adecuado para interpretar o predecir las actividades desplegadas por los movimientos sociales. Pero esta perspectiva se reduce día a día. Esto es así porque la movilización se da en múltiples niveles y en los movimientos existen diversas facciones, que experimentan grandes variaciones dependiendo de los ciclos de protesta y que, además, tienen vínculos transnacionales cada vez más amplios. En este contexto, las regularidades de la estructura de la estructura estatal nacional no pueden considerarse más que como herramientas iniciales que pueden ayudarnos a comprender cómo surgen y operan, en un primer momento, los movimientos sociales. Si deseamos aprender algo sobre la forma que adopta la toma de decisiones, debemos comenzar haciendo un recuento de las metas específicas que persiguen, del tipo de partidarios con los que cuentan, de la fase del ciclo en el que surgen y de las *conexiones que establecen con formas de organización, estrategias y modos de acción colectiva transnacionales* [la cursiva es nuestra] (Tarrow, 1999: 88).

15 años después de estas afirmaciones, en un contexto de aceleración creciente de la interconexión planetaria en el marco de una globalización que se profundiza a pasos crecientes, no es extraño que desde algunos ámbitos se esté apuntando ya la emergencia de un nuevo plano de la estructura de oportunidad política (Van der Heijden, 2011), el global, que va a incidir y profundizar en las lógicas que acabamos de apuntar. Como es obvio, estos cambios internacionales -en términos de globalización o de transnacionalización- tienen importantes afecciones sobre la configuración de los movimientos sociales y el activismo contencioso; cuestión ésta que investiga el propio Tarrow en *The new transnational activism*, publicado en 2005, apuntando que mientras que la globalización aporta razones para la protesta, el internacionalismo opera como una estructura de oportunidad política a nivel internacional. En esta obra, Tarrow destaca que el nuevo activismo transnacional no está centrado tanto por sus manifestaciones internacionales unificadas, sino en las múltiples conexiones que establecen entre varias esferas geográficas y temáticas de actuación. Como resume Pastor (2007: 51)

“el “nuevo activismo transnacional” será episódico y contradictorio pero tendrá un impacto más visible que en el pasado en las políticas de ámbito estatal, al mismo tiempo que encontrará en las decisiones que tomen las instituciones internacionales un “arrecife de coral” en el que poder seguir protestando y llegar a formar coaliciones nacionales-globales capaces de obtener éxitos significativos en los próximos años. Por eso propone verlo no como una “marejada de la historia” sino, más bien, como una serie de olas que alcanzan la playa internacional, retirándose repetidamente a los mares internos pero dejando cambios crecientes en la costa.

En esta línea, algunos autores, como profundizaremos más adelante cuando analicemos la variable organizativa, apuntan, que hemos pasado de los nuevos movimientos sociales a los nuevos movimientos globales (Calle, 2005). El mismo pastor (2007: 39), subraya que se a

comienzos de la primera década del siglo XX estábamos asistiendo al tránsito de “una nube de mosquitos” a un “movimiento de mosquitos”, interrogándose sobre la capacidad para que una vez alcanzado el nivel global, este movimiento pudiera anclarse en el ámbito local, señalando que todavía “queda por tanto aún mucho camino por recorrer en el que la capacidad de vincular lo global y lo local, como se quiso simbolizar eligiendo Porto Alegre como centro propulsor, también será fundamental para conseguir el anclaje ciudadano suficiente de este movimiento en los próximos años” (ibíd., 43).

Sin embargo, los últimos acontecimientos parece que están permitiendo apuntalar este desiderátum. De una parte, como apuntaban McAdam y Tarrow (1999), los acontecimientos que se han precipitado tras la “primavera árabe” muestran que si bien es cierto que el cierre de la estructura de oportunidad en un determinado país puede desactivar la contienda temporalmente en este espacio, también lo es que esta contienda abre oportunidades en otros contextos, en otros territorios, de forma que la acción contenciosa se traslada de un lugar menos propicio a otro más propicio, pero se mantiene relativamente estable durante un cierto tiempo a escala global. Ello, obliga a una visión de la estructura de oportunidad política cambiante en planos diversos, que van del local al global.

- En consecuencia, en la actualidad marcada por la crisis financiera internacional, parecería que asistimos a un contexto de apertura de la estructura de oportunidad política cambiante a escala global, como consecuencia de la relativamente baja capacidad de implementación de políticas públicas que provoca la situación económica y las políticas de ajuste neoliberales, provocando o amplificando la consecuente descertificación de las democracias y las dictaduras, en un contexto en el que la capacidad de acceso de los disidentes se ve multiplicada por los medios de comunicación de masas e internet.
- Abierta esta estructura de oportunidad política global, los movimientos se activan a escala nacional o local cuando las estructuras de oportunidad de estos niveles se abren. Ciertamente, su posterior cierre hace que las movilizaciones puedan ser episódicas, si no dan lugar a amplias escaladas de la protesta como ha sucedido en Túnez o Egipto. Pero el descenso de la movilización a escala nacional, causada por el cierre de la estructura de oportunidad local, no impide que esta acción colectiva activada en un punto del planeta difunda oportunidades en otros espacios, en otras naciones, en otros entornos, de forma que cuando en éstos se abre la estructura, continúa el ciclo de movilización, visualizado a escala global.

De esta forma, a juicio de algunos analistas, estamos asistiendo a un ciclo de protesta global de un movimiento que siguiendo las premisas de Cohen y Arato no solo se refleja “en su vertiente expresiva [ofensiva] (sus lemas, sus manifestaciones)”, sino que también se observa en “las experiencias que acompaña. Son los espacios okupados para realojar desahuciados, en su articulación cotidiana en la defensa de los bienes comunes [defensiva]. Es la proliferación de prácticas y discursos contrahegemónicos [lógica deliberativa del mundo de la vida]” (Fernández et al., 2012: 9).

Como decíamos, esta lógica ofensiva es deudora de las oportunidades que se abren a escala global como consecuencia de la crisis del capitalismo, que está afectando de forma clara a la soberanía de los estados, y en consecuencia a su legitimidad:

La aspiración democrática radical es una respuesta al déficit y la desafección democrática amplificada por la “dictadura de los mercados”. En los últimos meses estamos asistiendo a “golpes de estado postmodernos” orquestados por la aristocracia financiera internacional y las élites políticas nacionales. El gobierno de los tecnócratas (Grecia, Italia, etc...) y las políticas de austeridad son las manifestaciones más profundas de la crisis de legitimidad democrática del sistema (ibíd., 10)

Así, desde este contexto, es viable una estrategia ofensiva que *“implica, entre otras cosas, seguir profundizando en lo que Slavoj Žižek llama “vacío en el terreno de la ideología hegemónica” (...).*

Erosionar las bases y los dispositivos de la “mercadoocracia” es el reto mayúsculo para el movimiento. La decadencia sin frenos del modelo de democracia que se impone desde arriba es percibida por cada vez más sectores sociales. La salida hacia gobiernos técnicos de contención es un escalón más en esta huída hacia delante. El dilema ya es elocuente: capitalismo o democracia

Desde esta perspectiva, la apuesta del *“movimiento de resistencia global de los de abajo”* (que a juicio de estos analistas emerge hace un año, continuando con un segundo ciclo de protesta el que inicia el movimiento altermundialista) manifiesta toda su radicalidad no tanto en la forma de la insurrección (que seguiría, como veremos, la lógica del radicalismo autolimitado) sino en un carácter insurreccional que se concreta en *“la manera en que estos movimientos se dirigen a políticas de cambio radical que no aspiran a restaurar el supuesto sistema representativo del pasado, sino a experimentar nuevas formas de expresión democrática en todas las esferas”* (ibíd.); es decir, a ampliar la lógica deliberativa del mundo de la vida, al sistema político.

Ello requiere, en paralelo, de una lógica defensiva. En este sentido *“la irrupción internacional del movimiento de los Indignados ofrece un nuevo paradigma de auto organización colectiva y de solidaridad”*

La transición de las actuales protestas a los procesos destituyentes (como en Túnez o en Egipto), y de estos a horizontes de transformación social, requiere inicialmente de una estrategia contrahegemónica (...) basada en la ordenación dicotómica del campo político en un *nosotros* -el resurgimiento del *pueblo* como sujeto colectivo- y de la identificación, agrupación y designación del régimen, de *ellos*, como una casta parasitaria “posthegemónica” sometida al *Diktat* de los mercados” (ibíd., 11)

En última instancia una combinación a escala local de estructura de oportunidad política cambiante temporalmente abierta y de estructura de oportunidades estatal cerrada, unida a la

apertura de oportunidades cambiantes a escala global, más la difusión global de oportunidades cambiantes de un territorio a otro apunta hacia un nuevo contexto en el que previsiblemente los movimientos de protesta que han eclosionado hace un año, lejos de remitir, cobren aún más fuerza. Así, todo apunta a que nos abocamos a un contexto nuevo, en el que, como Fernández et al describen,

El viejo topo se ha asomado por las plazas del mundo, aprovechando la grieta de la indignación acumulada tras años de cavar pacientemente sobre los efectos de la crisis. Salta a la superficie como resultado de la historia anterior de resistencias, sueños e ilusiones truncadas, de maduración del desarrollo, del allanamiento de un terreno ilusoriamente firme (Fernández, 2012b: 13)

En resumidas cuentas, un “nuevo ciclo rebelde global” emerge del sustrato de estrategias previas, ocultas, invisibles, de desgaste de regímenes democráticos y dictatoriales desarrolladas durante dos décadas. E implodiona en un lugar concreto del planeta en los que la estructura de oportunidad política se abre justo en el instante en que una imposición repentina de agravios (MTT, 2005) como la muerte de Bouazizi enciende la mecha. Una mecha que recorre países, de prácticamente medio globo, aprovechando las aperturas de la estructura de oportunidad política cambiante locales, generando prácticas que amplifican las oportunidades de otros movimientos en otros países, hasta que la indignación se hace expresiva, se coordina, se hace global. Ciertamente, cada marco tiene sus peculiaridades, cada movimiento sus expectativas, sus estrategias y sus formas organizativas. Ciertamente, no puede meterse todos estos acontecimientos en el mismo saco. Pero tampoco puede negarse la evidencia de cómo las oportunidades se difunden, se transforman, pero mantienen lógicas similares, de radicalismo autolimitado expresado en la estrategia desobediente (con niveles irregulares de violencia defensiva, insistimos, defensiva, en función de los contextos).

Y tampoco puede negarse, como veremos más adelante, que algo está cambiando: si el primer ciclo de movilización nació a nivel global con un déficit en lo local, el nuevo ciclo actual nace en lo local, pero simbólicamente se vincula en lo global, y, por primera vez, el 15 de octubre de 2011, en la práctica, se coordina también en lo global.

Retomando las palabras de Tarrow con las que abríamos este apartado, precisamente cambios coyunturales provocados por la división en las elites locales, la capacidad de acceso, la existencia de aliados influyentes, los alineamientos inestables el poder y sobre todo, un descenso vertiginoso en la capacidad de implementación de políticas públicas, son los elementos que permiten la identificación de la estructura de oportunidad política cambiante que, cuando se abre, permite constatar esa *“una sorprendente (...) capacidad de presión contra las élites y las autoridades”*.

Pero esta capacidad de presión, analizada a escala global, pierde desde hace años su carácter de transitoriedad. Y se concreta primero en un ciclo de protesta global que comienza a mediados de los 90, y ahora en un nuevo ciclo de protesta global, en el que la lógica global del

primer ciclo se añade una nueva capa, esta vez de acción contenciosa local -muy limitada en el primer ciclo- que aprovecha las oportunidades de cada territorio, saltando de uno a otro.

- Así, vemos cómo las lógicas, primero embrionarias de coordinación global de luchas, iniciadas por los Zapatistas en la cumbre intergaláctica contra el neoliberalismo celebrada en la Selva Lacandona en 1996, y continuadas en Seattle, se refuerzan escala global de la mano de los Foros sociales mundiales y la emergencia del movimiento altermundialista que protagoniza el citado primer ciclo de protesta planetario desde mediados de la década de los noventa hasta mediados de la primera década del siglo XXI.
- No obstante, tras cerrarse la estructura de oportunidad política cambiante global, el movimiento altermundialista declina, hasta que recientemente, en un nuevo periodo marcado por la crisis financiera del capitalismo, implosionan las oportunidades a escala local en un rincón del planeta que parecía haber “*perdido el curso de la historia*” (Alba Rico, 2012), se difunde rápidamente a otros contextos totalmente diferentes (de regímenes dictatoriales a democráticos), se extiende (del Mediterráneo al Atlántico), y finalmente, se rearticulan a escala global (con la iniciativa internacional del 15 de octubre de 2011).
- Y como veremos cuando analicemos la dimensión organizativa, recientemente, y sobre todo como consecuencia de las innovaciones del movimiento de protesta en España, que decide extenderse a los barrios, permite que ese desiderátum de Pastor se haga real. Parecería que todo apunta a un contexto en el que lo local y lo global se tocan, se imbrican, interaccionan de forma clara en el movimiento de los indignados, en este nuevo ciclo de protesta global.
 - En un mundo ya glocalizado, en el que ambas dimensiones interactúan, las oportunidades locales se pueden cerrar de forma rápida en cada escenario, pero, a escala global, en el mundo, siempre que la estructura global siga abierta, habrá un espacio local en el que la estructura también se abra, resurgiendo el viejo topo, difundiendo globalmente y localmente su experiencia, reforzando el ciclo de protesta global.
 - Un ciclo de protesta, insistimos que continúa el iniciado de la mano del zapatismo, que ejemplifica la creciente potencia de las estrategias e identidades proyecto, que deben lidiar con unas estrategias e identidades de legitimación cada vez más deslegitimadas, pero sobre todo con movimientos reactivos que se alimentan del actual contexto de incertidumbre.
 - Un ciclo de protesta radical cuyos contornos se definen el uno de enero de 1994 en el que emerge, por primera vez, un ejército desarmado, que interpela al mundo para cambiarlo a partir de la práctica comunitaria deliberativa 5 siglos humillada de las comunidades indígenas.

- Un movimiento radical que articula contrapoderes que fortalecen la lógica deliberativa del mundo de la vida en forma de comunidades indígenas liberadas primero, plazas liberadas ahora.
- Un movimiento radical que lanza una ofensiva tratando de ampliar esta lógica al sistema político, derribándolo cuando de dictaduras se trata, cuestionándolo cuando de democracia se habla.
- En definitiva, un movimiento radical autolimitado en sus estrategias, las de la guerrilla desarmada matrona del altermundialismo primero; de desobediencia civil de masas ahora. Y es que hay *“una lógica común a las protestas”* de este segundo ciclo de movilización. *“Símbolo de la existencia de legitimidades en disputa, la desobediencia ha sido un factor constitutivo de este [nuevo] movimiento”*

En las ocupaciones del espacio público, en las marchas no autorizadas, en la oposición y paralización de los desahucios y en las okupaciones de realojo provisional de los desahuciados, en la desobediencia a la Junta Electoral o en las sentadas frente al abuso policial, la desobediencia ha germinado como el instrumento más elemental y efectivo para contrarrestar los dispositivos del control represivo de las protestas (Fernández et al, 2012b: 18).

Más que en el primer ciclo de movilización altermundialista, desde hace un año, asistimos a un ciclo más acabado todavía. Si los ciclos de protesta son, en palabras de Tarrow (2002: 103) *“las encrucijadas en las que los momentos de locura se templan para convertirse en herramientas permanentes del repertorio de contestación de una sociedad”*, no cabe duda de que ese *“momento de locura”* que implosiona tras la muerte de Bouazizi en un rincón recóndito de Túnez se ha ido *“templando”*, creando *“herramientas permanentes del repertorio de una sociedad”* que se expresan en Túnez, Barheim, Siria, Libia, Egipto, Marruecos, Lisboa, Madrid y Catalunya, Nueva York y Oakland, Atenas, Tel Aviv... y en sus barrios, en sus plazas...

Si un ciclo de protesta se caracteriza por la exaltación del conflicto, la difusión sectorial y geográfica, la aparición de nuevas organizaciones y la potenciación de las antiguas, la creación de nuevos marcos paradigmáticos de significado e invención de nuevas formas de acción colectiva (Tarrow, 2002: 103-104), ¿cómo, sino como ciclo de protesta global, podemos caracterizar a las movilizaciones masivas y conflictivas que derrocan regímenes y cuestionan democracias *“secuestradas”*, se difunden por tres continentes, permiten emerger nuevos movimientos como Democracia Radical Ya, Occupy Wall Street, definen la realidad en términos del *“99% frente al 1%”* y se expresan en la toma desobediente de las plazas, convirtiendo los anteriores símbolos del poder económico y político en el ágora del mundo de la vida?.

Parecería que asistimos, en consecuencia, a un nuevo ciclo de protesta global que se sostiene por la apertura relativa de la estructura de oportunidad cambiante a nivel mundial:



- un creciente incremento de acceso de los sectores contenciosos a los medios de comunicación de masas, y sobre todo, a las nuevas redes de comunicación;
- una evidente incapacidad de implementación de políticas públicas de las autoridades como consecuencia de la crisis;
- una ampliación de los aliados influyentes, caracterizados por la irrupción de las clases medias, sectores profesionales y jóvenes universitarios, aunque especialmente en Europa y EEUU se nota la ausencia de los sectores más proletarizados (que previamente se habían hecho visibles en 2005 en Francia, en 2008 en Grecia y en 2010 en Londres, en forma de “negatividad abstracta” –Zizek, 2012-);
- alineamientos inestables de las élites cuya expresión grotesca son los “golpes de estado postmodernos” (Fernández et al, 2012b) en los que tecnócratas sustituyen a los representantes democráticamente elegidos;
- y, sin embargo, una unión en las elites, tras la psicosis de los primeros momentos, en los que las promesas de “refundación del capitalismo” se han convertido en un grotesco recuerdo.

Precisamente, estos son los elementos que nos permiten acercarnos a la estructura de oportunidad cambiante, variable central en el análisis de los procesos de cambio y conflicto políticos. Veámoslos uno a uno.

Incremento de acceso

En línea con los planteamientos de la acción racional, para Tarrow, la gente se abstiene de iniciar estrategias contenciosas cuando es evidente que las oportunidades de éxito están vetadas. No obstante, en contraste, una sensación de total capacidad de acceso también tiene efectos negativos que desincentivan, por las razones contrarias al caso anterior, la protesta. Así, de acuerdo con Eisinger (1973: 15), la relación entre protesta y oportunidad política no es ni negativa ni positiva, sino curvilínea, ya que ni el acceso total ni la ausencia de acceso fomentan en grado máximo la acción colectiva, como acabamos de ver en la descripción de las variables cambiantes a escala global.

Así las cosas, en el plano local, la protesta es más posible en una mezcla de regímenes abiertos y cerrados. Precisamente desde esta perspectiva, la apertura de la estructura de oportunidad política cambiante en contextos en los que la estructura estable está cerrada se convierte en el escenario más común para el inicio de ciclos de protesta, como especialmente ha quedado patente en el caso de Libia y Egipto. En última instancia, son los periodos de incertidumbre, en los que el futuro no está claro (ni para bien ni para mal), los que permiten un contexto más favorable para los grupos contenciosos.

Más concretamente, para Tarrow, donde más evidente se expresa la expansión del acceso es en las elecciones, periodo de incertidumbre por excelencia en los regímenes democráticos

sobre todo, pero también en los no democráticos que realizan procesos electorales legitimatorios. Precisamente por eso, una de las recomendaciones de Sharp es aprovechar esos contextos electorales en los que los regímenes dictatoriales previsiblemente manipularán los resultados, para a partir de la frustración relativa que esto supone, lanzar el desafío político masivo que previamente había sido activado en forma de resistencias sectoriales. Siguiendo estas recomendaciones, ha sido en este contexto preelectoral, dónde se ha visualizado el clímax de ciclos de protesta dilatados que han supuesto un cambio de régimen en Serbia, Ucrania, Georgia o Tayiquistan. Incluso, en aquellos contextos en los que los disidentes no han logrado el derrocamiento del régimen, sin embargo, estos procesos electorales han permitido visualizar una importante contestación, como recientemente ha sucedido en Bielorrusia, Rusia, Irán o Venezuela. De la misma forma, ha sido precisamente en este periodo preelectoral donde hemos visto en España el surgimiento del 15m.

Para Tarrow, en contraste con los regímenes democráticos, la expansión del acceso en los autoritarios se hace visible, sobre todo, a través de modos informales. Para el caso Checoslovaco, explícitamente cita como ejemplo de esta capacidad de acceso la aparición de un Centro Estudiantil de Prensa que permitió a los estudiantes ponerse en contacto y tener la seguridad de que la acción política sería tolerada. En nuestras tierras, ejemplos obvios de esta capacidad de acceso sería por ejemplo la utilización del sindicato vertical por parte de líderes obreros durante el franquismo, o de las estructuras de la iglesia por parte del movimiento vecinal. De igual forma, esta capacidad de acceso podría vincularse en este tipo de regímenes con la emergencia de instituciones autónomas de la sociedad civil, en los términos definidos por Sharp.

Finalmente, en nuestra perspectiva, además de las dimensiones materiales y asociativas, la capacidad de acceso debe entenderse en términos simbólicos, estando vinculado al mayor impacto, visibilidad y afección de las protestas: este es el caso, por ejemplo, de las huelgas textiles en Egipto, de la formación de redes de jóvenes internautas conectados a escala global, y sobre todo, de la ocupación de espacios simbólicos centrales como la plaza Tahrir.

Ni qué decir tiene, finalmente, que la creciente importancia de los medios de comunicación -no solo los formales, sino también los informales- incrementan de forma exponencial la capacidad de acceso de los contenciosos a la sociedad civil, y en consecuencia, su afección sobre las estructuras políticas en términos de descertificación.

Por último, una dimensión del acceso a tener en cuenta son las consecuencias que para los movimientos sociales -especialmente en los sistemas democráticos, aunque también en las dictaduras- se esconden tras relación con las instituciones. Así, cuando éstos mantienen importantes relaciones de intercambio con las segundas, es posible que el movimiento acabe distanciándose de la base, como sucedió en parte con el movimiento vecinal español, muchos de cuyos cuadros fueron cooptados por las instituciones a mediados de los 80. Sin embargo, en el actual ciclo de protesta global, parece que los movimientos contestatarios han aprendido la lección, asumiendo pautas más precavidas. Por ejemplo, para el caso de regímenes no democráticos, Sharp postula un rechazo nítido a cualquier solución negociada en el

derrocamiento de regímenes dictatoriales. Más aún, en las movilizaciones de la Plaza Tahrir quedó claro la voluntad de los insurrectos para impedir la instrumentalización del movimiento por parte de cualquier formación política (Alba Rico, 2012). De la misma forma, el actual movimiento de los indignados marca una potente línea roja: “no nos representáis”.

Alineamientos inestables

Para Tarrow (1997) “*el segundo aspecto de la estructura de oportunidades que fomenta la acción colectiva es la inestabilidad de los alineamientos políticos*”. Esta inestabilidad se concreta, en para este autor, en la inestabilidad electoral en los regímenes liberales. Señala, en consecuencia, que los cambios en la correlación de fuerzas “*generan incertidumbre entre los seguidores, animan a los desafectos a intentar ejercer un poder marginal y puede inducir a las élites a competir en busca de apoyo fuera del estamento político*”. Precisamente éste es el escenario que se produce en Euskadi en 1987 tras la escisión del PNV y el surgimiento de Eusko Alkartasuna, que propicia un adelanto electoral en el que Herri Batasuna obtiene unos de los mejores resultados de su historia. Más aún, es en ese periodo de alineamientos inestables de las élites cuando HB presenta un candidato a Lehendakari por primera vez, en la figura del expreso Ioldi. Ciertamente, estos alineamientos inestables de las elites abren la estructura de oportunidad para la Izquierda Abertzale a mediados de los ochenta, lo que unido a otros muchos factores que mencionaremos paulatinamente, explica el proceso de negociación entre ETA y el Estado que se inicia en 1988.

Pero, a nuestro juicio, los alineamientos inestables no deben ser analizados únicamente en términos electorales, sino también en términos comportamentales. Efectivamente, un mismo actor puede mostrar posiciones contradictorias en el tiempo, lo que tiene efectos para los movimientos sociales. Este es el caso, por ejemplo, de las tempranas declaraciones del Ministro de Interior en torno a la represión de la protesta estudiantil en Valencia, quien deja la vía abierta a una interpretación según la cual la máxima autoridad policial reconoce excesos, legitimando a los estudiantes y reforzando un marco de injusticia a partir del cual se amplifica el eco de las convocatorias. También entendemos como alineamiento inestable la actitud de Ben Alí ante la autoinmolación de Bouazizi; efectivamente, su “ninguneo” durante las primeras jornadas -considerado por la población como una señal de autoritarismo-, se convierte pronto en un intento de “empatizar” (visita a Bouazizi en el hospital, promesa de ayudas a la familia), lo que es interpretado por los disidentes como una señal de “miedo” por parte del régimen. A partir de ese momento, la movilización aumenta y el poder se resquebraja. Estos cambios de actitud, también visibles en el caso de Mubarak, acrecientan la sensación de que la capacidad de acceso ha aumentado para los contendientes. Se han invertido las tornas. “Ellos dudan, nosotros atacamos...”

De todas formas, también se debe considerar la ausencia de alineamientos como expresión de la apertura de oportunidad política. Así, en el caso Egipcio, la falta de alineamiento claro del ejército con Mubarak se convierte en un elemento central para los contendientes, lo que

explica el escrupuloso cuidado que muestran los ocupantes de la Plaza para evitar cualquier tipo de encontronazo violento con las fuerzas armadas (a diferencia de la actitud que mantienen con la policía, de cuyas lógicas represivas se defienden ejemplarmente), a fin de evitar el alineamiento de este flanco intermedio con Mubarak. Por el contrario, en el caso Libio y Siria (y como veremos en el proyecto de investigación, el del Equipo de Gobierno del Ayuntamiento de Bilbao ante el conflicto de Kukutza) dejan a las claras un alineamiento nítido del bloque de poder, que visualiza un claro cierre de esta dimensión de la estructura de oportunidad cambiante, limitando, o aplastando las estrategias de los disidentes.

Aliados influyentes

Otra forma de analizar la actitud de los manifestantes de la Plaza Tahrir respecto del ejército es interpretarla como un intento de atraer a las fuerzas armadas como aliado clave de la contienda. Aunque esto no fuera logrado de forma tan nítida en Egipto como en el caso tunecino, encontramos en Georgia y Ucrania su expresión más acabada. Como ya hemos comentado, siguiendo las recomendaciones de Sharp, los disidentes desarrollaron los años previos al lanzamiento del desafío definitivo una estrategia de contacto con el ejército, aprovechando para ello los regalos y dibujos que les enviaban los escolares. Se trata de una dinámica, ésta, que de una u otra forma está visible en muchos conflictos, simbólicamente expresada en señales de confraternización de la sociedad civil con las fuerzas represivas (como expresa la típica imagen de un fusil en cuyo cañón los manifestantes colocan una flor).

Obviamente, este tipo de estrategias pueden tener mayor o menor recorrido, dependiendo de muchas otras variables. No obstante, detrás de ellas descansa, a nuestro juicio, otra lógica clave para evitar que los conflictos deriven en un derramamiento de sangre. Concretamente, como veremos más adelante, uno de los mecanismos de la contienda (debemos recordar que los mecanismos conectan las cuatro variables que estamos analizando) es la “*formación de categorías*”. Estas categorías establecen claras barreras entre dos sectores de la población, imposibilitando cualquier tipo de contacto y recrudesciendo, consecuentemente, los conflictos. Así, no es lo mismo una autoidentificación en términos de *vasco* y una identificación del otro en términos de *español*, que la autoidentificación en términos de *gudari* y la identificación del otro como *opresor*. Este deslizamiento de la identidad a la categoría *-musulmán* frente a *cristiano* y viceversa, que deviene en *yihadista* frente a *infiel* o *cruzado* frente a *bárbaro* remite al concepto de “*asesinato categorial de Bauman*” (Bauman, 2010).

Para Bauman el asesinato categorial se define porque el otro ha sido identificado como una categoría despersonalizada y cosificada que rompe el orden, y en consecuencia, debe ser exterminada. De forma que el o la “condenada” nada puede hacer; ni siquiera apelar a su inocencia, porque desde el momento en que ha sido categorizado ya ha sido condenado a muerte. Este mecanismo, claramente visible en la caza de brujas de la inquisición (Ehrenreich y English, 2010), en el exterminio cátaro (Roquebert, 2010) o en el genocidio judío (Bauman, 2010), ha sido visible recientemente en los discursos de Gadafi -vinculando a los resistentes

con drogadictos, miembros de Al Qaeda o infiltrados de la CIA- o en el discurso de Azkuna y el consejero de interior vasco, Ares en las jordanas del desalojo del Centro Social Okupado Kukutza III -vinculando a las okupas y los ciudadanos que apoyaba con “*un peligroso cóctel de nostálgicos de la kale borroka, antisistemas y delincuentes comunes*”. Hecha la categorización, el resultado es el esperado: bombardeos sobre manifestaciones civiles en un régimen no democrático de capacidad alta; desalojo que se salda con 70 detenidos y 200 heridos en un régimen democrático de capacidad alta.

En este sentido, recientemente, tras los dramáticos sucesos que han supuesto la muerte del joven hincha del Athletic Iñigo Cabacas de un pelotazo lanzado por la Ertzantza contra una multitud en las inmediaciones de la Herriko Taberna –sede social de la izquierda abertzale- en el centro de Bilbao, hemos descubierto con estupor que en este cuerpo policial se categoriza como “ciervos” a los y las jóvenes que participan en protestas sociales y políticas. Esta categorización, finalmente remite a lo único que hace alguien armado con un ciervo: cazarlo.

Precisamente por el peso de estas categorizaciones en los cuerpos policiales y militares, como recomendaba Sharp, los contendientes tienen que desarrollar una escrupulosa estrategia de descategorización de la disidencia ante las fuerzas armadas, como paso previo para garantizar una neutralidad necesaria que evite el aplastamiento armado de la protesta.

Retomando el hilo argumental, como vemos, Tarrow considera que uno de los aspectos de la estructura de oportunidad política cambiante es la presencia de aliados influyentes: “*los rebeldes se animan a la acción colectiva cuando tienen aliados que pueden actuar como amigos en los tribunales, como garantes contra la represión o como negociadores aceptables*” (1997, 159). No obstante, la presencia de aliados, en sí, no explica la movilización; la gente no se moviliza porque tiene amigos o aliados: lo que sugiere es que la existencia de vínculos entre los descontentos y miembros del cuerpo político puede ofrecer mayor probabilidad de éxito a los de fuera. Y estas señales animan a la contienda. Este es el caso, por ejemplo, de formaciones parlamentarias que pueden ofrecer apoyo a los disidentes desde dentro de la comunidad política, como sucede actualmente en Grecia, en el que los dos partidos comunistas con presencia parlamentaria están brindando su apoyo a los movilizados.

Pero, a nuestro juicio, reducir los aliados influyentes sólo a los actores políticos limita extremadamente la potencialidad de esta variable. Así, en la actualidad, la opinión pública mundial puede ser interpretada como un “aliado influyente” que los movimientos pretenden activar; lo que se expresa claramente en los llamamientos, carteles y pancartas en inglés que se están visualizando en el actual ciclo de protesta en todos los rincones del planeta, sea en las calles de Rekalde, Irán, Madrid o Egipto; y antes en Georgia, Ucrania o Tayikistan.

De igual forma, deben tomarse como aliados influyentes a otras potencias, que juegan un papel determinante en el desarrollo de conflictos, como ha sido evidente en los países del Este (con el apoyo explícito del gabinete de Bush), en Egipto (en el que el papel de Obama fue determinante -cuando menos, sus alineamientos inestables respecto de Mubarak-) o en Siria (cuyo régimen se sabe arropado por China, Rusia y la comunidad sunnita árabe).

Pero las alianzas influyentes también pueden ser más simbólicas y de menor alcance, aunque con consecuencias importantes. Un ejemplo fundamental que explica el ciclo de protesta que protagoniza la izquierda abertzale en la década de los 80 y que finaliza en las negociaciones de Argel es el papel de aliado influyente clave que juega el rock radical vasco; fenómeno que posibilitará la socialización de amplias capas de la juventud en el entorno del MLNV. Ni que decir tiene que la participación de músicos como Ramoncín (increíble, pero cierto) en campañas de HB como la de *Martxa eta Borroka* (sobre la que hablaremos más adelante), certifican a este movimiento ante amplios sectores de la sociedad. Otro ejemplo de aliados influyentes, presentes en el conflicto irlandés, pero ausentes en el vasco, y que explican en parte el retraso por parte de ETA en el abandono de la vía violenta, es la importancia que jugó la diáspora irlandesa en los acuerdos de paz de Downing Street, en contraste con el menor peso relativo de la diáspora vasca en el proceso de pacificación en Euskadi. En cualquiera de los casos, también en nuestras tierras, las alianzas internacionales han sido claves en el proceso que se ha concretado en el alto el fuego definitivo de ETA: así, la celebración de la conferencia de Paz en Euskadi, además de buscar la internacionalización del conflicto, permitió a la izquierda abertzale presentar ante sus bases un apoyo de personalidades tan influyentes y significativas, como Koffy Anan, que justificara el giro de ETA inmediatamente posterior, concretado en el citado abandono de la violencia.

División en las elites

Para Tarrow, los conflictos en el seno de las elites son el cuarto factores que anima a los grupos no representados a iniciar acciones colectivas: *“Las divisiones en las élites no solo incentivan a la acción colectiva; sino a segmentos de la propia élite que no se encuentran en el poder a asignarse el rol de tribunos del pueblo”* (ibíd., 161). Obviamente, este es el caso del ejército en Túnez, que había jugado un papel secundario en el régimen de Ben Alí, y que se arroga ese papel de “tribuno del pueblo” cuando se extiende la contienda. Tarrow, a su vez, cita como ejemplo la decisión de Gorbachov de anunciar que el ejército rojo no intervendría para defender a sus aliados, lo que fue interpretado por la población como una división de la elite y como una señal para la movilización.

Por ejemplo, en el caso del movimiento que reclama la creación de un departamento vasco en Iparralde (País Vasco francés), la división en las elites de los partidos mayoritarios -dirigentes locales (y nacionales) del PS y el RPR apoyan la demanda, mientras que otros no- anima a los actores contenciosos. Igualmente, en el caso de Kukutza, el apoyo que este colectivo recibe en un primer momento de senadores del PSOE o del director de promoción cultural del Gobierno Vasco va a amplificar la movilización (la bandera de Kukutza se llega a colocar en la Casa del pueblo de Rekalde y actores como Ramón Barea, ligados a este partido, hacen llamamientos a la manifestación del 16 de julio) en un contexto marcado por el cierre a cualquier salida por parte de PNV, hegemónico a nivel municipal. Igualmente, la división en las elites vascas durante la década de los 80 va a alimentar la capacidad contenciosa de la izquierda abertzale,

que solo decaerá cuando éstas se unan, tras las negociaciones de Argel, en torno al pacto de Ajuria Enea.

Este no es el escenario al que se enfrentan los indignados españoles. Más al contrario, el claro alineamiento de las elites, tanto del PSOE como del PP, con una democracia representativa y nada participativa de una parte, y con las políticas de austeridad neoliberal de otra, muestran una coherencia que aunque permite implosiones esporádicas de movilización -explicables por previsibles imposiciones de agravios concretadas en las victorias del PP-, refleja un claro cierre de esta dimensión de la estructura de oportunidad política. Sin embargo, las protestas se activan en la medida en que otras variables de la estructura cambiante (como las alianzas influyentes, la capacidad de acceso y la incapacidad de implementación de políticas públicas) son favorables para la protesta.

En consecuencia, creemos, aunque esta hipótesis debería ser confirmada, que los regímenes de alta capacidad reflejan una mayor coherencia de las elites en torno a los principios formales y los límites de la democracia representativa en un caso, o el régimen dictatorial en otro, dificultando expresiones de división en las elites, más allá de la retórica. Por contra, en los regímenes de baja capacidad, sean democráticos o no, esta división de las elites puede estar más presente, como se ha reflejado recientemente en Grecia con la dimisión de varios diputados de diversas formaciones ante los recortes impuestos por la Troika, o como se reflejó en Túnez o al final del franquismo en España.

Capacidad de implementación de políticas públicas

Aunque Tarrow no la menciona, la capacidad de implementación de políticas públicas es una variable de la estructura de oportunidad política dinámica fundamental. Efectivamente, esta variable relativiza -y dota de dinamismo- a las dimensiones más estables que han sido analizadas en la dimensión estatista de la EOP. Así, si como hemos visto, el tipo de estado, en términos de estado fuerte o débil, presenta una lógica relativamente estable en el tiempo, mientras que los niveles de capacidad -alta o baja- tienen un carácter dinámico.

Pues bien, la capacidad de implementación de políticas públicas está relacionada con la alta o baja capacidad general del régimen, aunque al ser ésta una dimensión muy concreta de la capacidad, es todavía más dinámica, más cambiante. Dicho de otra forma, regímenes fuertes en contextos generales de alta capacidad, como es el caso español, pueden manifestar niveles relativamente bajos de implementación de políticas públicas en contextos temporales específicos. En paralelo, regímenes de baja capacidad, obviamente, manifestarán un bajo nivel de implementación de políticas públicas, que desciende a mínimos en contextos de crisis económica como la que estamos viviendo.

En el primero de los casos, especialmente en los contextos democráticos, esta incapacidad de implementación de políticas públicas puede dar lugar a periodos de frustración relativa que catapultan la acción colectiva. En nuestra perspectiva, el descenso en la capacidad de

implementación de políticas públicas en los regímenes democráticos de alta capacidad se encuentra en la base explicativa del surgimiento del 15m en España u OWS en EEUU. Como sabemos, este tipo de regímenes desincentivan la contienda. Sin embargo, si atendemos a los principios comportamentales que hemos analizado al comienzo de este trabajo, y si asumimos que el comportamiento se basa en la huida del dolor y la búsqueda del bienestar, podemos entender por qué justo en el momento en que el acceso al bienestar en forma de consumo (que como hemos analizado es un factor de pasividad) se hace inviable a medio plazo para amplios sectores de la juventud, éstos se movilizan en Madrid y en el resto de las democracias liberales occidentales.

Como analizan Fernández et al (2012b: 14) para explicar el surgimiento del 15m *“el reventón de varias burbujas que atenazaban la economía española ha hecho saltar por los aires el esquema del capitalismo del casino. De una sociedad parcialmente eufórica por el credo del crecimiento se ha pasado a una sociedad golpeada y sin asideros sociales a los que agarrarse: ahorradores aterrorizados, consumidores endeudados, trabajadores con miedo a perder el trabajo”*.

Sin embargo, la frustración relativa se visualiza de forma diferente en espacios sociales de estos regímenes democráticos de capacidad alta, en los que la implementación de políticas públicas había brillado por su ausencia, incluso antes de la crisis: esos suburbios de las grandes ciudades (plagados de trabajadores, parados, jóvenes marginalizados) no se han movilizan en las recientes protestas, sino previamente, en forma de *“insurrecciones no organizadas”* que se han hecho visibles en las banlieu de 2005, en Grecia en 2008 o en las periferias de Londres en 2011”, en las que *“ha irrumpido el proletariado juvenil condenado al subempleo y a los peores trabajos, sometido al control policial y el racismo institucional”*. Sin embargo, como recuerdan Bauman o Zizek, la lógica es la misma: la imposibilidad, en este caso sistemática y prolongada, de acceso a las mieles del consumo (Bauman, 2010; Zizek, 2012).

En cualquiera de los casos, esta fractura, se convierte en un auténtico reto para el movimiento de los indignados: buscar la reconstrucción de una lógica popular que no refuerce la fractura entre sectores profesionales reproletarizados y sectores proletarios subproletarizados.

Frente a los regímenes de alta capacidad, en el contexto de los regímenes de baja capacidad, el descenso en la implementación de políticas públicas -insistimos que en este contexto de apertura de la EOP a escala global, amplificado por un contexto marcado por la crisis-, no solo se concreta en una frustración relativa, sino también en una total descertificación del régimen, sea democrático, como estamos viendo en Grecia, sea dictatorial, como hemos visto en Egipto y Túnez,

En paralelo, en ambos tipos de regímenes, esta baja capacidad de implementación de políticas públicas es clave, en nuestra perspectiva, para la politización de fenómenos previamente interpretados como privados. Precisamente este tránsito de lo privado a lo público, en la medida en que se concreta en demandas, es un vector clave en los ciclos de protesta. Así, por ejemplo, en el caso Egipcio, la caída en capacidad de implementación de políticas públicas en

el contexto de la crisis aboca a amplios sectores de la juventud formados en las universidades a un incierto futuro. Esta frustración relativa, vinculada a la expectativa de no encontrar trabajo, se politiza por muchas razones, pero una de ellas es absolutamente apolítica, aunque tremendamente funcional. Efectivamente, la desaparición de las previas expectativas laborales de amplios sectores juveniles formados en las universidades se acompaña de la caída de las expectativas de acceso a una sexualidad que, en una sociedad conservadora como al Egiptia, solo es posible el marco del matrimonio. Pero, paradójicamente, en un contexto de mercado del sexo definido por una dote que lejos de descender, ha aumentado desde 2008, ha difundido entre la juventud la angustia de ver cada vez más lejos su posibilidad de encontrar pareja sexual. En este contexto, las redes sociales se convierten en un hervidero de comentarios “desesperados” sobre la situación, que finalmente dejan de interpretarse en términos privados para vincularse con la crítica a un régimen corrupto, que sólo permite “medrar a los de siempre”, anulando, en cambio, el futuro de la juventud. Así, la preocupación por el acceso al sexo se politiza, y con ella la juventud. Este, junto con otros muchos elementos que explican una creciente politización juvenil genera un caldo de cultivo tal... que solo hace falta una chispa para que se encienda la llama.

Como decíamos, los regímenes de baja capacidad, por definición muestran una mayor dificultad para implementar políticas públicas. Esta puede ser más evidente en espacios que los regímenes consideran como menos relevantes o de menor importancia estratégica (barrios, etnias, territorios...), de forma que en un contexto de escasez, se distribuyen de forma desequilibrada los beneficios de las políticas públicas. Esta cuestión, por ejemplo, es muy relevante para comprender el surgimiento del movimiento vecinal, que jugó un papel tan importante en el desgaste del régimen franquista. En paralelo, esta cuestión también puede estar en la base del resurgimiento de conflictos en sectores periféricos de la población, sea el caso de los jóvenes en la primavera árabe, las mujeres en el feminismo, de los indígenas en el indigenismo reciente, o ciertos movimientos nacionalistas en territorios que se consideran agraviados como Catalunya y Escocia.

Puede ocurrir, además, que estos regímenes de capacidad baja se vean inmersos en contextos de crisis económica que limitan de forma evidente su posibilidad de implementar políticas públicas, lo que refuerza los agravios y la descertificación del sistema, alimentando la contienda. Precisamente este es el escenario que se visualiza en la transición, de forma que tanto el final del franquismo como el comienzo de la democracia (ambos regímenes de capacidad baja) se ven fuertemente afectados por las consecuencias de la crisis del 73, que se concretan en la bancarrota de las instituciones municipales justo antes de las primeras elecciones democráticas, alimentando así una contienda social y vecinal que se une a la explícitamente política. De igual forma, en un periodo posterior, la década de los ochenta, en el que España puede caracterizarse como una democracia de baja capacidad (especialmente hasta 1987), la profunda crisis industrial que asola a Euskadi, provocando graves conflictos laborales como el de los astilleros euskalduna, unido a la incapacidad estatal de contener la violencia de ETA por medios legales (lo que se concreta en la aparición de los GAL), así como la

frustración relativa que supone la limitación de las competencias en la implementación de políticas públicas autonómicas tras la LOAPA (todos ellos ejemplos de clara incompetencia a la hora de implementar políticas públicas laborales, antiterroristas democráticas y autonómicas) se convierten en un caldo de cultivo que, unido a las crecientes alianzas de la izquierda abertzale, su capacidad de acceso electoral (pero también violento y disruptivo) y los alineamientos inestables de las elites ya mencionados, explica el ciclo de movilización que se produce en esta década, cuyo corolario son las negociaciones de Argel.

Finalmente, las limitaciones en la capacidad de implementación de políticas públicas en los regímenes democráticos de capacidad alta puede tener otra interesante derivada, esta no tan vinculada con la estructura de oportunidad, sino con la variable organizativa. Efectivamente, el desarrollo del Estado de Bienestar y sobre todo la aplicación de políticas públicas sociales ha permitido la emergencia de un denominado Tercer Sector, conformado por profesionales, que se financia en la mayor parte de los casos a través de transferencias de fondos públicos a asociaciones sociales. Sin embargo, la lógica estructural neoliberal, acompañada por la situación coyuntural de crisis, se está concretando en importantes recortes en todo este sector, que puede amplificar las dinámicas previas de vertebración ciudadana que ya se venían dando en forma de estructuras movimentistas en red en las que, junto a movimientos sociales, este tipo de colectivos –agrupaciones de interés público en términos de Ibarra (2005)- ya venían participando. Quizá, finalmente, los recortes en los servicios públicos acaben convirtiendo a los y las funcionarias (despedidos o en riesgo de serlo) en un movimiento social.

3. LA DIFUSIÓN DE OPORTUNIDADES

Como estamos viendo, los actores no son simples resortes que activan los cambios estructurales. Más al contrario, los movimientos contenciosos, con sus acciones, generan oportunidades para ellos mismos y sus aliados, aunque también para sus oponentes e incluso para las élites. Efectivamente, a juicio de Tarrow (1997: 173), *“al contrario que las formas convencionales de participación, la acción contenciosa muestra las posibilidades que brinda dicha actividad, ofreciendo incluso a grupos escasos en oportunidades que su respectiva posición en la sociedad les negaría”*. Este es el caso, señala, de los “colectivos madrugadores” que plantean exigencias a las élites. Además, esta acción pone el descubierto “puntos débiles” de los oponentes que no eran evidentes antes del desafío. En paralelo, puede revelar la existencia de aliados insospechados o previamente pasivos. Finalmente, esta acción inicial puede forzar la caída de barreras institucionales que otros colectivos podrán atravesar.

Como podemos imaginar, detrás de esta lógica descansan las recomendaciones que Gene Sharp (2010) apunta en su obra *De la dictadura a la democracia*, y que se concretan en una estrategia que partiendo de la movilización en términos simbólicos de grupos comprometidos, difunda a otros sectores un marco de motivación que limite la parálisis del miedo, para desde allí, dar el salto al desafío político masivo. Esta es la secuencia que puede observarse en el último periodo franquista, viéndose así cómo la acción de colectivos madrugadores como el movimiento vecinal o el obrero generan amplias oportunidades que posteriormente son utilizadas por los partidos para forzar la transición. En paralelo, podemos observar esta lógica en el actual ciclo de movilización, especialmente en el papel de colectivos como el movimiento del 6 de abril en Egipto, los sindicatos de clase en Túnez, o Democracia Real Ya en España. En cualquiera de los casos, antes de continuar analizando la forma en que los movimientos contenciosos generan nuevas oportunidades para sus grupos y otros posteriores, nos gustaría detenernos previamente en un acercamiento paralelo: las oportunidades que la acción de estos colectivos generan para el surgimiento de contramovimientos o para las elites del sistema político.

Aparición de contramovimientos

A juicio de Klandermans (1989) y Kriesi (1991), la expansión de las oportunidades no solo afecta al sistema de alianzas de un movimiento, sino que afecta también al “sistema de conflictos”. Así, la acción de los grupos contenciosos puede ser interpretada como una ofensa para grupos influyentes que pueden generar contramovimientos: *“Cuando el éxito de un movimiento amenaza a otro grupo en el contexto de grandes movilizaciones, puede llevar a contraprotestas más virulentas”*. En paralelo, *“los grupos violentos también pueden estimular a contramovimientos pacíficos”*. Llegado este caso, esta combinación de protestas y contraprotestas puede generar una mezcla explosiva, propiciando un contexto en el que

parece que la ley y el orden se está desintegrando, a fin de implantar políticas más represivas por parte del Estado.

En Egipto encontramos, nuevamente, un claro ejemplo de esta dinámica, que se concreta en la respuesta de grupos parapoliciales que se enfrentan violentamente contra los manifestantes, y cuya expresión más acabada será el asalto de la Plaza Tahrir por parte de personas armadas que realizan cargas a camello. Como se sabe, este acto vino precedido por la liberación masiva de delincuentes comunes por parte de Mubarak. En definitiva, ambas estrategias estarían destinadas a generar un contexto de caos que justificase la intervención del ejército. Sin embargo, los activistas lograron contener esta lógica contramovimentista con dos recursos: la organización de patrullas ciudadanas orientadas a restablecer el orden en los barrios; y una escrupulosa opción por la no violencia respecto del ejército, para evitar su alineamiento con Mubarak.

De igual forma, la emergencia de contramovimientos en contextos de amplio conflicto social puede rastrearse, también en el caso de regímenes dictatoriales de capacidad baja, en la aparición de grupos paramilitares o de incontrolados, que en el caso español mostraron un alto grado de virulencia durante el franquismo. En paralelo, en contextos democráticos de capacidad baja, esta lógica se puede identificarse en una doble perspectiva: la propia capacidad del régimen explica un dificultoso control de los grupos más radicalizados, lo que se visualiza, por ejemplo en el caso español en la continuidad de grupos paramilitares como el Batallón Vasco Español o también en el Golpe de Estado del 23-f; pero también, como consecuencia de la incapacidad para controlar la protesta, en la emergencia de contramovimientos que nacen de las cloacas del Estado, como claramente se visualiza en España con el GAL o en Italia con los grupos de la “mano negra”.

Por el contrario, en regímenes democráticos de capacidad alta podemos inferir que precisamente como consecuencia de un incremento de la capacidad del estado para controlar la protesta y la contraprotesta, la presencia de grupos paramilitares tenderá a ser marginal, y los grupos terroristas vinculados al Estado pueden tender a desaparecer. Precisamente, en estos casos, es la represión policial la que juega el papel de contenedor de la protesta. Y allá donde la represión no basta, como ejemplifica el ataque en Francia contra el Raimbor Warrior, es el propio estado quien asume, gracias a sus servicios de inteligencia, el papel que los grupos paramilitares juegan en los regímenes de baja capacidad.

Finalmente, en los regímenes no democráticos (o democraduras) de alta capacidad es donde mejor se visualiza la rápida y potente emergencia de contramovimientos que responden ante los más tímidos avances de la oposición. Este es el caso de Rusia o Irán, estados que no han dudado en movilizar de forma masiva a sus adeptos a fin de visualizar su poder.

Por último, uno de los elementos mencionados por Tarrow, referido a la emergencia de grupos pacifistas como respuesta a la contención violenta, es central en la comprensión de la evolución de la izquierda abertzale. Así, se debe subrayar cómo la aparición de Gesto por la Paz antecede a las estrategias concertadas de las formaciones políticas vascas –excepto HB-

que se concretan en el pacto de Ajuria Enea. Precisamente, la eclosión de grupos pacifistas modificará el marco maestro de la izquierda abertzale, dificultando la difusión de la lógica del agravio que había permitido el ciclo contencioso cuya cúspide se alcanza en el proceso de negociaciones de Argel. Más aún, la radicalización de la estrategia de la izquierda abertzale a partir de 1994 se refleja en la aparición de contramanifestaciones, que finalmente romperán muchos de los mecanismos de correduría que posibilitaban la expansión del discurso de este movimiento. Así, el movimiento se desliza hacia una lógica de confrontación civil –de la que había huido en la década de los 80- que polariza la sociedad, sentando las bases para la criminalización de la izquierda abertzale tras los dramáticos acontecimientos de Ermua.

Creación de oportunidades para las élites

Esta cuestión remite directamente a otro de los elementos que apunta Tarrow, quien considera que los grupos de protesta también pueden generar oportunidades negativas, para las élites “*cuando sus actos suministran motivos para la represión*”. Efectivamente, la modificación de la estrategia de la izquierda abertzale, que transforma la lógica de la acumulación de fuerzas que había guiado su accionar durante la década de los 80, por la de la socialización del sufrimiento que se instaura tras el atentado mortal contra el dirigente del Partido Popular de Gipuzkoa Gregorio Ordoñez, unida a la ruptura de todos los mecanismos de correduría que ampliaban los receptores de su discurso (ruptura con ELA tras el atentado de ETA contra el funcionario de prisiones de este sindicato en Martutene; con el PNV tras los atentados a mandos de la Ertzantza de este partido; con Elkarri tras acusar a este movimiento de “cáncer liquidacionista”, etc...), y unido, finalmente, al cierre de la Estructura de oportunidad política cambiante en un régimen que puede identificarse como una democracia de capacidad alta, genera una descertificación de su discurso, un aislamiento de espacios que previamente le mostraban apoyo y simpatía, de forma que el estado puede poner en marcha una maquinaria represiva de recorte de derechos sociales y políticos que anula la potente estructura organizativa que había articulado la izquierda abertzale durante décadas. Se puede decir, en consecuencia, que es la acción de ETA la que abre la vía a una lógica de criminalización de la izquierda abertzale, lo que unido a un mayor control policial del grupo armado, finalmente aboca a ETA a su única salida: una rendición incondicional que es la única opción para una rearticulación del soberanismo sobre nuevas claves.

En cualquiera de los casos, la acción de los movimientos contenciosos no solo genera oportunidades negativas respecto de las élites, sino que puede permitir a políticos oportunistas aprovechar las oportunidades generados por los movimientos para proclamarse tribunos del pueblo. Desde esta perspectiva podría entenderse el papel central que tras la transición pasa a jugar la UGT (prácticamente desaparecida durante la dictadura, pero que capitaliza la movilización previa de las CCOO), del PNV (también ausente durante la dictadura, que capitaliza las ansias soberanistas activadas por ETA); o del PSOE (también ausente y

marginal durante la dictadura, que capitaliza la conciencia de clase vertebrada durante los años previos a la transición por organizaciones de extrema izquierda, maoístas y trotskistas).

Esta aparición de nuevas elites juega un papel importante en estos procesos conflictivos, en la medida en que se convierten en un flanco moderado que desvía el conflicto hacia posiciones reformistas que, como subraya Tarrow, no contentan ni a los movimientos contestatarios ni a sus oponentes, pero permiten superar las tendencias centrífugas de los procesos de polarización.

Difusión de oportunidades para el movimiento

Pero, como decíamos, las más de las veces, es la acción del movimiento contencioso la que genera oportunidades para sí mismo, o incluso, para movimientos posteriores. Efectivamente, en primer lugar, los movimientos pueden cambiar la estructura de oportunidad política, no solo ayudando a su cierre, como ejemplificamos con el accionar de ETA desde la década de los noventa, sino ayudando a su apertura. En paralelo, para Tarrow, esta cuestión está íntimamente ligada a las innovaciones en los repertorios de acción, de forma que *“cada nueva forma de acción colectiva coge de improviso a las autoridades y, mientras estas preparan la respuesta, el grupo en liza puede planificar la ulterior escalada de formas de acción, creando nuevas oportunidades y estableciendo contacto con nuevos sectores”* (1997: 174).

Esta cuestión se ha hecho evidente con toda su potencia en los acontecimientos a los que gran parte del mundo está asistiendo, que llevan a algunos autores, como hemos apuntado, a anunciar el comienzo de un nuevo ciclo de resistencia global. Previamente, esta dinámica ya se había visualizado en el ciclo de protesta altermundialista, cuyo origen, como hemos apuntado, debemos situarlo en la Cumbre Intergaláctica de la Selva Lacandona, que prefigura una lógica de articulación de luchas a escala planetaria orientada a vertebrar un contrapoder ante la globalización. Así, tras el movimiento madrugador que se visualiza en Seattle, entre 1999 y 2005 se observa cómo las oportunidades inicialmente creadas tras esta innovación del repertorio se amplían a las movilizaciones de protesta ante las cumbres del Banco Mundial, el FMI y el G8 en Washington, Praga (2000) y Génova (2001).

Resultado de la consolidación de esta nueva red de movimientos globales, en 2001 nace el Foro social Mundial y se crean nuevas redes como *La marcha mundial de las mujeres*, ATTAC, o Jubileo Sur. En paralelo, se refuerza la centralidad de movimientos previos que asumen la lógica altermundialista como Vía Campesina. De la misma forma, en el continente americano se asiste a la difusión de oportunidades que se concreta en la guerra del agua en Bolivia, el levantamiento indígena en Ecuador (ambos en 2000), la rebelión contra la derecha en Argentina en 2001, el levantamiento en Venezuela que permite el retorno de Chávez en 2002, la guerra del gas en Bolivia que acaba con el gobierno de la derecha, el ascenso de Evo Morales o la victoria de Correa en Ecuador (Toussaint, 2012).

Tras la crisis de este movimiento, que se visualiza ya claramente en 2005, sin embargo, desde el año pasado se asiste a un nuevo ciclo de protesta que todavía más claramente que en el caso anterior, visualiza la difusión de oportunidades de unos rincones a otros del planeta, fuertemente condicionados todos ellos por la crisis estructural de la economía capitalista que eclosiona en 1998.

[En Túnez] el pueblo reunido en la calle y en las plazas afrontó la represión –hubo 300 muertos- y exigió la partida del dictador Ben Alí. Este debió abandonar el poder el 14 de enero. A partir del 25 de enero, el movimiento se extendió a Egipto, cuya población estuvo sometida a décadas de contrarreformas neoliberales (...). El 11 de febrero de 2011, menos de un mes después de la caída de Ben Alí, Mubarak fue obligado a dimitir. Otros países de la región se inflamaron y la represión se abatió sobre el pueblo. Las luchas continúan y el proceso en la región todavía no ha acabado (...).

El viento de protesta atraviesa el Mediterráneo, desde el norte de África hasta el sur de Europa. En Portugal, el 12 de marzo de 2011, el movimiento de los precarios convocó una manifestación: cientos de miles marcharon, pero el movimiento duró poco. El 15 de mayo el movimiento alcanzó a España y se prolongó hasta el 23 de julio, y luego se relanzó a escala mundial el 15 de octubre de 2011. En ese tiempo, el movimiento llegó a Grecia el 24 de mayo de 2011. La puerta del Sol en Madrid, la Plaza Catalunya en Barcelona, la Plaza Sintagma en Atenas y centenares de otras plazas de España y Grecia vibran al mismo ritmo desde junio de 2011. En julio-agosto la protesta sacudió igualmente a Israel, el bulevar Rothschild ocupado, aunque sin poner en peligro al gobierno ni buscar la unión con la lucha palestina. En septiembre el movimiento logró atravesar el Atlántico Norte. Alcanzó a Estados Unidos por su costa este, comenzando por Nueva York y Wall Street y luego se extendió por una gran parte del territorio estadounidense, hasta la costa oeste, en la que Oakland vivió la experiencia más radical. El 15 de octubre de 2011, fecha definida por el movimiento de los indignados de España, más de un millón de personas se manifestaron en todo el mundo, desde Japón hasta la costa oeste de EEUU, esencialmente en los países más industrializados. Las manifestaciones más importantes de ese día fueron en Madrid, Barcelona, Valencia, Atenas y Roma. Los dos principales centros financieros del planeta, Nueva York y Londres, son el lugar de las manifestaciones en el marco de este vasto movimiento. Ninguna organización dirige al movimiento y éste no busca dotarse de una estructura de coordinación internacional, pero ¡la comunicación se propaga muy bien! (Toussaint, 2012: 33-34).

En el caso español como apuntan Fernández et al (2012b), todas las dinámicas previas tendrán una incidencia directa que, en parte, explica el surgimiento del 15m

Llamando a nuestra puerta aparecieron en forma de revuelta, rebeldías y revoluciones de otros pueblos, experiencias y nuevas formas de autoorganización que, en suma, han contribuido a ejercer de inspiración y hasta de aprendizaje para el devenir de la protesta en el estado español.

Ha sido el caso de la generación precaria y de los sindicatos portugueses en su lucha contra el FMI, los estudiantes italianos contra Berlusconi; el sindicalismo y la juventud griega contra el chantaje de la Troika; las universidades ocupadas y movilizadas en Reino Unido; la Francia rebelde e insumisa a perder los derechos sociales. Y especialmente, de forma intempestiva, el levantamiento de la dignidad contra la tiranía en los pueblos árabes. Y, de alguna manera, nos hicieron perder el miedo (ibíd., 17).

Pero, toda esta dinámica no es el simple resultado de la difusión de oportunidades de Túnez hacia todos los rincones del planeta. Más al contrario, esta difusión sólo es posible si tenemos en cuenta la estructura de oportunidad local existente en aquellos sitios en los que se difunde. Efectivamente, si profundizamos aún más, la apertura de la estructura de oportunidad cambiante que permite la difusión de las revueltas de Túnez a Egipto, y de ambos a España, Grecia, EEUU, para finalmente dar el salto a la visualización global del movimiento, solo puede entenderse a partir de las oportunidades que previamente habían difundido actores contenciosos en el mismo Túnez, en Egipto, en España, Grecia, EEUU, etc. Así, más allá de la interpretación del 15m como un simple movimiento espontáneo, el análisis de las dinámicas previas, algunas muy dilatadas en el tiempo, ofrece una explicación más completa.

Fernández et al (2012b: 13) retoman la metáfora de Marx, de una forma brillante, para expresar esta cuestión:

El viejo topo se ha asomado pro las plazas del mundo, aprovechando la grieta de la indignación acumulada tras años de cavar pacientemente sobre los efectos de la crisis. Salta a la superficie como resultado de una historia anterior de resistencias, sueños e ilusiones truncadas, de maduración de un desarrollo, del allanamiento de un terreno ilusoriamente firme.

A juicio de estos autores, la comprensión de la irrupción del 15m requiere del análisis de las oportunidades cerradas de muchos movimientos -que conducen a un callejón sin salida- y las oportunidades que abren otros movimientos que comienzan a perfilar el camino. Así, de una parte, consideran que uno de los elementos explicativos del 15m es el agotamiento de una estrategia sindical que *“no solo está siendo golpeada por esta crisis”, sino que “son parte activa y responsable”* de la misma. De otra parte, no consideran que el balance de la izquierda alternativa sea mejor: *“sus incapacidades organizativas y escasa implantación social, la desconexión respecto de lo que son los núcleos activistas o, simplemente, la puesta en marcha de repertorios atractivos y atrayentes para otro perfil de público han conducido a movilizaciones que, no por necesarias y relativamente exitosas, no han podido dar inicio a ningún ciclo de movilizaciones”* (ibíd., 16). Señalan, en consecuencia, que *“su papel como dinamizadores de la batalla en la calle, siempre ha tenido techo”*.

En cualquiera de los casos, paradójicamente, ha sido precisamente esta acción, aunque limitada, la que se ha plasmado en *“pequeñas iniciativas que se han ido concretado en estos*

meses y años” y que “han generado parte del discurso que hoy van asumiendo más sectores de los hoy movilizados”

Con este panorama y estos balances, la perspectiva de algún tipo de “ruptura” desde abajo se iba fraguando como una hipótesis cada vez más plausible (...). Algunas pistas llegaron de dentro y de fuera: la rebelión estudiantil mundial contra la mercantilización de la educación, la sucesión de huelgas generales nacionales en los países de la UE entre 2010 y 2011 contra los planes de ajuste estructural, la organización y movilización de una experiencia como Juventud sin Futuro, el surgimiento de Democracia Real Ya o la extensión estatal de la Plataforma de Afectados por las Hipotecas en el estado español, y sobre todo, las revueltas árabes.

De esta forma, es el trabajo previo de colectivos aislados -cuyas estructuras y discursos, como veremos de la mano de Calle (2005) “sedimentan” en la sociedad-, el que ha ido generando una batería de oportunidades que estaban listas para activarse en el momento de la difusión internacional de la protesta. Trabajo colectivo, pero también, como sugieren Antebi y Sánchez (2012: 68), trabajo individual de miles de personas que han participado durante años en la Red *“a través de un goteo permanente de acciones coordinadas de comunicación, contrainformación, bloqueo y defensa, organizadas muchas veces por activistas sin rostro, amparados en el anonimato”*

Un anonimato que es precisamente la cualidad del transeúnte en la ciudad –aquel cualquiera que se desplaza habitualmente de casa al trabajo, en su actividad ordinaria-, pero que en determinado momento puede cambiar de parecer y organizarse para subvertir el ritmo de la urbe y cortar el flujo rutinario mediante bloqueos, aglomeraciones o deambulaciones multitudinarias.

En consecuencia, en su perspectiva, la toma de las plazas en distintos rincones del planeta *“tiene una relación directa y de retroalimentación permanente con consolidación del ciberespacio como ámbito politizado. Y el cuerpo a cuerpo sobre el asfalto coexiste ya, de manera indisoluble, en un proceso que en la arena política, como en otras arenas, abre nuevos campos de batalla y augura cambios profundos en un plazo no muy lejano”*.

Y es que, esta cadena de oportunidades locales que sientan las bases para la difusión de repertorios de contienda experimentados en otros rincones del planeta, modulando un ciclo de protesta global que modifica las anteriores prácticas de acción colectiva y permite la incorporación a la contienda de amplios sectores antes desmovilizados de la población, también genera nuevas oportunidades para aquellos movimientos madrugadores que, como hemos visto, habían tocado techo en su capacidad contenciosa. En consecuencia, como subrayan Fernández et al (2012b: 24):

Es [el de los indignados] un discurso y una práctica que debe ser acompañada, que es posible construirse en camino y a la que los sectores que han trabajado en las

resistencias desde las facultades, los centros de trabajo, el movimiento ecologista, el antirracista, el feminista deben (y deben poder) llenar de contenido. El 15m y las plataformas asentadas sobre el terreno que han surgido constituyen una posibilidad para que esas izquierdas y esos movimientos sociales amplíen el público de sus discursos y de sus prácticas. Porque estos movimientos, afortunadamente, no han surgido de acuerdos entre aparatos, no son experiencias para el debate entre los sectores más conscientes. Es, por fin, una experiencia en marcha para la movilización.

Una experiencia en marcha que debe definir su discurso, su forma de organización, sus repertorios de acción. Y lo debe hacer sobre la marcha. *“El viejo topo sigue cavando paciente pero obstinadamente. La topa se va formando a medida que se construye. El 15-m es una topa súbitamente abierta a la luz”*. El viejo topo a salido a tomar (el) Sol (Fernández et al, 2012b).